



# LEGADO

Christopher Paolini

# LEGADO

## Christopher Paolini

El Jinete de Dragón cabalga de nuevo. El legado llega a su fin, pero la leyenda nunca muere.

No hace tanto tiempo, Eragon —Asesino de Sombra, Jinete de Dragón— no era más que un pobre muchacho que vivía en una granja y su dragona, Saphira, una piedra azul oculta en el bosque. Ahora, el destino de una civilización recae sobre sus hombros.

Los largos meses de entrenamiento y batallas les han traído victorias y esperanza, aunque también pérdidas terribles. Pero la verdadera batalla aún no ha llegado: deberán enfrentarse con Galbatorix. Cuando finalmente lo hagan, tendrán que ser lo suficientemente fuertes como para vencerle porque si ellos no lo hacen, nadie podrá. No habrá una segunda oportunidad.

El Jinete y su dragona han llegado mucho más lejos de lo que nadie se atrevía ni siquiera a imaginar, pero ¿pueden derrocar al malvado Rey y devolver la justicia a Alagaësia? Y si así es... ¿cuál será el precio que tendrán que pagar?

### ACERCA DEL AUTOR

Christopher Paolini nació el 17 de noviembre de 1983 en el sur de California. Ha vivido la mayor parte de su vida en Paradise Valley, Montana, con sus padres y su hermana menor. Las altísimas y escarpadas Beartooth Mountains, que se elevan a un lado del valle y están nevadas durante la mayor parte del año, inspiraron los paisajes fantásticos que aparecen por primera vez en *Eragon*.

**Roca** editorial ha publicado todos los libros de la serie: *Eragon*, *Eldest*, *Brisinyr* y *Legado*. Ahora que esta llega a su fin, Christopher planea tomarse unas vacaciones y empezar a pensar en ideas para sus siguientes libros.

### ACERCA DE LA OBRA

Con la primera novela de la serie El legado, *Eragon*, Christopher Paolini se convirtió en autor de referencia de la literatura para jóvenes. *Eragon* se convirtió en un *best seller* a las pocas semanas de su aparición y hoy en día sigue descubriendo el mundo de Alagaësia a nuevos lectores.

*Eldest*, la segunda parte de la serie, está siendo adaptada a la gran pantalla y el propio Paolini se ha encargado de transformar su novela en guion cinematográfico.

«Una gran obra de un talento auténtico.»

*THE NEW YORK TIMES BOOK REVIEW*

«Christopher Paolini es un creador de magia literaria.»

*PEOPLE*

«Diferente, potente, fresco, fluido...».

*BOOKLIST*, libro destacado del mes.

---

# Avance editorial gratuito

---

## Al principio

Una historia sobre *Eragon*, *Eldest* y *Brisingr*

**A**l principio había dragones: orgullosos, fieros e independientes. Sus escamas eran como piedras preciosas, y todos aquellos que las miraban desesperaban, pues su belleza era grande y terrible.

Y vivieron solos en la tierra de Alagaësia durante innumerables eras.

Después el dios Helzvog hizo a los robustos y resistentes enanos a partir de la piedra del desierto de Hadarac.

Y esas dos razas se enfrentaban a menudo.

Más adelante los elfos navegaron hasta Alagaësia a través del mar plateado. Ellos también lucharon contra los dragones. Pero los elfos eran más fuertes que los enanos, y hubieran llegado a destruir a los dragones, a pesar de que estos también hubieran destruido a los elfos.

Y así fue que se hizo una paz y se selló un pacto entre los dragones y los elfos. Y con este acuerdo crearon a los Jinetes de Dragón, que mantuvieron la paz en toda Alagaësia durante miles de años.

Luego los humanos llegaron a Alagaësia por mar. Y también los úrgalos de grandes cuernos. Y los Ra'zac, que son los cazadores de la noche y los comedores de carne humana.

Y los humanos se unieron al pacto con los dragones.

Sin embargo, un joven Jinete de Dragón, Galbatorix, se su-

blevó contra su propio rey, esclavizó al dragón negro Shruikan y convenció a trece Jinetes de que lo siguieran. Y esos trece Jinetes fueron llamados los Trece Apóstatas.

Y Galbatorix y los Trece Apóstatas derrotaron a los Jinetes y quemaron su ciudad, en la isla de Vroengard. También mataron a todos los demás dragones y solo salvaron tres huevos: uno rojo, uno azul y uno verde. Y se apoderaron del corazón de corazones, el eldunarí, de todos los dragones que les fue posible. El eldunarí contiene la fuerza y la mente del dragón una vez separados de su cuerpo.

Y durante ochenta y dos años, Galbatorix fue el rey de todos los humanos. Los Trece Apóstatas murieron, pero él no, pues su fuerza procedía de todos los dragones y nadie era capaz de derrocarlo.

Durante el octogésimo tercer año de reinado de Galbatorix, un hombre robó el huevo de dragón azul de su castillo. Y ese huevo pasó a manos de aquellos que todavía luchaban contra Galbatorix, a quienes se conocía como vardenos.

4 Arya, la elfa, custodió el huevo y buscó entre elfos y hombres a aquel con el cual el huevo pudiera eclosionar. Y esa búsqueda duró veinticinco años.

Un día, mientras Arya viajaba a Olison, una ciudad de los elfos, un grupo de úrgalos la atacaron y mataron a sus guardias. Entre esos úrgalos se encontraba Durza, el Sombra, un hechicero poseído por unos espíritus a quienes él mismo había conjurado para que se sometieran a su voluntad. Después de la muerte de los Trece Apóstatas, Durza se había convertido en el sirviente más temido de Galbatorix. Sin embargo, antes de que los úrgalos y el Sombra capturaran a Arya, la elfa utilizó la magia para poner el huevo a salvo y llevarlo a alguien que pudiera protegerlo.

Pero el hechizo fracasó.

Y así fue como Eragon, un huérfano de tan solo quince años, encontró el huevo en las montañas de las Vertebradas. Se llevó el huevo a la granja donde vivía con su tío Garrow y con su único primo, Roran. Y el huevo le eclosionó a él, y a partir de ese momento, Eragon crió a la dragona, que se llamó Saphira.

Galbatorix mandó a dos de los Ra'zac a que buscaran el hue-

vo, y estos mataron a Garrow y quemaron la casa de Eragon. Galbatorix había hecho de los Ra'zac, de los cuales quedaban ya muy pocos, sus esclavos.

Eragon y Saphira decidieron vengarse de los Ra'zac. En ese empresa los acompañó Brom, que había sido Jinete de Dragón hasta la Caída de los Jinetes, mucho tiempo atrás. Era a Brom a quien la elfa Arya había querido enviar el huevo.

Brom enseñó a Eragon a luchar con la espada, a emplear la magia y a comportarse con honor. Y le dio *Zar'roc*, la espada que una vez había pertenecido a Morzan, el principal y más poderoso de los Trece Apóstatas. Pero los Ra'zac mataron a Brom durante un combate, del cual Eragon y Saphira escaparon gracias a la ayuda de Murtagh, hijo de Morzan.

En uno de sus viajes, el Sombra Durza capturó a Eragon en la ciudad de Gil'ead. El chico consiguió huir, y al mismo tiempo liberó a Arya, que se encontraba en otra celda. La elfa había sido envenenada y había sufrido heridas graves, así que Eragon, Saphira y Murtagh la llevaron con los vardenos, que vivían junto con los enanos en las montañas Beor.

Allí, Arya sanó y, allí también, Eragon bendijo a una niña llamada Elva para que la desgracia nunca la alcanzara. Pero pronunció mal el hechizo y, sin querer, echó una maldición a Elva que hizo que la niña sintiera en su piel el dolor de los demás y tuviera que protegerlos.

Poco después, Galbatorix mandó un gran ejército de úrgalos a atacar a los enanos y a los vardenos. Y fue en esa batalla cuando Eragon mató a Durza, el Sombra. Pero Durza lo hirió en la espalda, y el chico sufrió un gran dolor a pesar de los hechizos de los sanadores vardenos.

Y mientras soportaba ese dolor, Eragon oyó una voz que le dijo: «Ven a mí, Eragon. Ven a mí, pues tengo las respuestas a todas tus preguntas».

Tres días después, el líder de los vardenos, Ajihad, cayó en una emboscada y murió a manos de los úrgalos, que estaban a las órdenes de dos magos gemelos que habían traicionado a los vardenos y se habían unido a Galbatorix. Los gemelos también raptaron a Murtagh y lo mandaron con Galbatorix. Pero lo hicieron de tal forma que Eragon y los vardenos cre-

ieron que Murtagh había muerto. Eragon sintió una gran tristeza.

Entonces, Nasuada, la hija de los Ajihad, se convirtió en la líder de los vardenos.

Eragon, Saphira y Arya partieron de Tronjheim, la sede de los enanos y donde residía su poder, y viajaron hacia el bosque septentrional de Du Weldenvarden, donde vivían los elfos. Con ellos viajó también el enano Orík, sobrino de Hrothgar, el rey de los enanos.

En Du Weldenvarden, Eragon y Saphira conocieron a Oromis y a Glaedr, el último Jinete libre y el último dragón libre de Alagaësia, que habían pasado el último siglo escondidos y esperando a que llegara el momento de instruir a la siguiente generación de Jinetes de Dragón. También conocieron a la reina Islanzadí, líder de los elfos y madre de Arya.

6 Mientras Oromis y Glaedr instruían a Eragon y a Saphira, Galbatorix envió a los Ra'zac y a un grupo de soldados al pueblo natal del chico, Carvahall, esta vez para que capturaran a su primo Roran. Pero este se escondió, y no lo hubieran encontrado de no haber sido por el odio de Sloan, el carnicero, que mató a uno de los vigilantes para permitir la entrada de los Ra'zac al pueblo y que, así, pudieran pillar desprevenido a Roran.

El chico se libró de los Ra'zac y huyó, pero esas criaturas consiguieron arrebatarse a su querida Katrina, hija de Sloan. Entonces Roran convenció a los vecinos de Carvahall de que partieran con él, y todos viajaron por las montañas de las Vertebradas, la costa de Alagaësia y por el país meridional de Surda, que todavía estaba libre de las garras de Galbatorix.

Mientras tanto, la herida que Eragon tenía en la espalda continuaba atormentándolo. Durante la Celebración del Juramento de Sangre de los elfos, en la cual se conmemoraba el antiguo pacto entre Jinetes y dragones, su herida fue sanada por un dragón que los elfos invocaron al final de la fiesta. Además, le confirió a Eragon una fuerza y una velocidad similares a las de los propios elfos.

Después Eragon y Saphira volaron hasta Surda, a donde Nasuada había llevado a los vardenos para lanzar un ataque

contra el Imperio de Galbatorix. Allí los úrgalos se aliaron con los vardenos, pues afirmaron que Galbatorix les había perturbado la mente y querían vengarse de él. Entre los vardenos, Eragon encontró a la niña Elva, que había crecido a una prodigiosa velocidad a causa de su hechizo. Ahora ya tenía tres o cuatro años; su mirada era de lo más grave, pues conocía el dolor de todos aquellos que estaban a su alrededor.

No lejos de la frontera de Surda, en la oscuridad de los Llanos Ardientes, Eragon, Saphira y los vardenos lucharon en una gran y sangrienta batalla contra el ejército de Galbatorix. En plena batalla, Roran y los vecinos de Carvahall se unieron a los vardenos, igual que los enanos, que habían marchado tras ellos desde las montañas Beor.

Sin embargo, lejos, en el este, se alzó un ser ataviado con una brillante armadura y montado sobre un centelleante dragón rojo. Ese ser pronunció un hechizo que mató al rey Hrothgar. Eragon y Saphira lucharon contra ese Jinete y su dragón rojo, y descubrieron que se trataba de Murtagh, que luchaba para Galbatorix, a quien había hecho un inquebrantable juramento de fidelidad. Y el dragón era Thorn, el segundo de los tres huevos, que ya había eclosionado.

Murtagh derrotó a Eragon y a Saphira gracias a la fuerza del eldunarí que Galbatorix le había dado. Pero permitió que escapan, pues todavía sentía cierta aprecio por el chico. Y porque, tal como él mismo le contó a Eragon, eran hermanos: ambos eran hijos de Selena, la consorte favorita de Morzan.

Luego Murtagh le quitó *Zar'roc*, la espada de su padre, a Eragon y partió con Thorn de los Llanos Ardientes, igual que hizo el ejército de Galbatorix.

Después de la batalla, Eragon, Saphira y Roran volaron hasta Helgrind, la oscura torre de piedra que servía de escondite a los Ra'zac y a sus repugnantes compañeros, los Lethrblaka, y allí rescataron a Katrina. En otra de las celdas de Helgrind, Eragon encontró al padre de Katrina, ciego y medio muerto.

El chico pensó en matar a Sloan como castigo por su traición, pero rechazó la idea. En lugar de ello, hizo que Sloan se sumiera en un profundo sueño y dijo a Roran y Katrina que el padre de Katrina había muerto. Luego pidió a Saphira que llevara

a Roran y a Katrina con los vardenos mientras él daba caza al último Ra'zac.

Así, Eragon mató al último de los Ra'zac. Luego se llevó a Sloan de Helgrind. Después de pensarlo mucho, descubrió cuál era el verdadero nombre de Sloan en el idioma antiguo, el lenguaje del poder y de la magia. Lo ató a su nombre y lo obligó a jurar que nunca más vería a su hija. Luego lo envió a vivir con los elfos. Pero lo que Eragon no le dijo a Sloan es que los elfos le curarían la ceguera si él se arrepentía de su traición y su asesinato.

A medio viaje de regreso con los vardenos, Arya fue al encuentro de Eragon y, juntos, volvieron a pie y atravesando terreno enemigo. Cuando llegaron, el chico supo que la reina Islanzadí había enviado a doce hechiceros elfos al mando de Blódhgarm para que lo protegieran a él y a Saphira. Eragon debilitó tanto como pudo la maldición que sufría la niña Elva, y consiguió que ya no sintiera la necesidad de protegerlos. A pesar de ello, ella siguió sintiendo el dolor ajeno.

8 Y Roran se casó con Katrina, que estaba embarazada, y por primera vez en mucho tiempo Eragon se sintió feliz.

Después, Murtagh, Thorn y un grupo de hombres de Galbatorix atacaron a los vardenos. Gracias a la ayuda de los elfos, Saphira y Eragon consiguieron rechazarlos. Este y Murtagh se enfrentaron, pero ninguno de ellos consiguió derrotar al otro. Fue un combate difícil, pues Galbatorix había hechizado a los soldados para que no sintieran el dolor, y los vardenos sufrieron muchas bajas.

Cuando la batalla terminó, Nasuada envió a Eragon en representación de los vardenos a la elección del nuevo rey de los enanos. El chico no quería ir, pues Saphira tenía que quedarse para proteger el campamento de los vardenos, pero no le quedó más remedio que satisfacer a Nasuada.

Y Roran prestó su servicio con los vardenos, y subió de rango, pues demostró ser un hábil guerrero y un buen líder de los hombres.

Mientras Eragon estaba con los enanos, siete de ellos intentaron asesinarlo. Una investigación reveló que el clan Az Sweldn rak Nahûin era el responsable de aquel ataque. Pero



la reunión de clanes continuó, y Orík fue elegido para suceder a su tío. Saphira se reunió con Eragon para la coronación. Durante la ceremonia, la dragona cumplió la promesa que había hecho de que repararía el preciado zafiro estrellado que había roto durante la batalla de Eragon contra el Sombra Durza.

Al terminar la ceremonia, Eragon y Saphira regresaron a Du Weldervarden. Allí, Oromis reveló la verdad sobre Eragon: no era hijo de Morzan, sino de Brom, aunque él y Murtagh sí tenían la misma madre, Selena. Oromis y Glaedr también explicaron qué era un eldunarí, y contaron que un dragón podía decidir separarlo de su cuerpo cuando todavía se encontraba en vida, aunque esa era una operación que debía llevarse con gran cuidado, pues cualquiera que lo poseyera podía controlar al dragón al cual pertenecía.

Mientras se encontraba en el bosque, Eragon decidió que necesitaba una espada para reemplazar la *Zar'roc*. Allí recordó un consejo que le había ofrecido Solembum, el hombre gato, durante sus viajes con Brom. Y así fue a buscar el árbol Menoa, en Du Weldenvarden. Cuando lo encontró, habló con él y el árbol consintió en darle el acero brillante que guardaba entre sus raíces a cambio de algo que no dijo.

Rhūnon, el herrero elfo que había forjado todas las espadas de los Jinetes, trabajó con Eragon para forjar una espada nueva para él. La espada era azul y Eragon la bautizó como *Brisingr*, «fuego». La espada se envolvía en llamas cada vez que él pronunciaba su nombre.

Después Glaedr confió su corazón de corazones a Eragon y a Saphira, y estos regresaron con los vardenos mientras Glaedr y Oromis se unían a los suyos para atacar la parte norte del Imperio.

Durante el sitio de Feinster, Eragon y Arya encontraron a tres magos enemigos, uno de los cuales se había transformado en el Sombra Varaug. Con la ayuda de Eragon, la elfa lo mató.

Mientras tanto, Oromis y Glaedr se enfrentaban a Murtagh y a Thorn. Galbatorix consiguió dominar la mente de Murtagh. Y empleando el brazo de Murtagh, mató a Oromis. Thorn acabó con el cuerpo de Glaedr.

Los vardenos vencieron en Feinster, pero Eragon y Saphira lamentaron la muerte de su maestro Oromis.

Los vardenos continuaron avanzando, e incluso ahora continúan penetrando en el Imperio en dirección a la capital, Urû'baen, donde se encuentra Galbatorix, orgulloso y confiado, pues suya es la fuerza de los dragones.

## En la grieta

La dragona Saphira rugió, y los soldados que se encontraban ante ella temblaron, acobardados.

—¡Conmigo! —gritó Eragon mientras levantaba *Brisingr* en alto y la sostenía por encima de su cabeza para que todos la vieran. La hoja de la espada brilló con unos destellos iridiscntes y azulados, desnuda ante la masa de nubes negras que se estaba formando en el oeste—. ¡Por los vardenos!

Una flecha pasó silbando por su lado, pero Eragon no se inmutó.

Los guerreros, reunidos al pie del montón de escombros sobre el cual se encontraban Eragon y Saphira, respondieron con un único y ronco bramido:

—¡Los vardenos!

Y blandiendo sus armas, se lanzaron a la carga corriendo sobre los cascotes de piedra.

Eragon se giró y dio la espalda a sus hombres. Al otro lado del montón de escombros había un amplio patio donde se apiñaban unos doscientos soldados del Imperio. Por detrás de ellos se elevaba una torre del homenaje alta y oscura, con unas estrechas aspilleras por ventanas y unos torreones cuadrados, el más alto de los cuales estaba iluminado por una luz encendida en su interior. Eragon sabía que en algún punto del interior de esa torre se encontraba Bradburn, el gobernador de Belatona, la ciudad que los vardenos habían estado asediando durante muchas horas.

Con un grito de guerra, Eragon saltó por encima de los es-

combros en dirección a los soldados. Al verlo, estos retrocedieron desordenadamente, aunque mantuvieron las lanzas y las picas apuntando hacia el agujero que Saphira había abierto en el muro exterior del castillo.

Al aterrizar en el suelo, Eragon se torció el tobillo derecho y cayó apoyándose en la rodilla y en la mano con que maneja la espada. Uno de los soldados aprovechó la oportunidad y, saliendo de la formación, le tiró su lanza en dirección a la garganta, pero Eragon la desvió con un gesto de la muñeca al tiempo que desenfundaba *Brisingr* con una rapidez que ningún ser humano ni elfo hubieran podido seguir. El soldado se quedó boquiabierto y aterrorizado al comprender el error que había cometido. Intentó huir, pero no había tenido tiempo de moverse ni un centímetro cuando Eragon ya se había lanzado sobre él y le había alcanzado con una estocada en el vientre.

En ese momento, Saphira, escupiendo llamaradas azules y amarillas a su alrededor, aterrizó justo detrás de Eragon. El impacto de las patas de la dragona contra el suelo hizo temblar el patio entero, y los pequeños cristales que formaban un mosaico en el suelo delante de la torre del homenaje se desprendieron y salieron volando por el aire, como impulsados por la superficie percutida de un tambor. Arriba, un par de contraventanas se abrieron y volvieron a cerrarse con un golpe seco.

Arya acompañaba a Saphira. Con el cabello largo y negro ondeando al viento y azotándole el rostro anguloso, la elfa saltó por encima del montón de escombros. Tenía los brazos y el cuello, al igual que el filo de la espada, manchados de sangre. Cuando aterrizó, solamente se oyó el golpe sordo de la piel de sus zapatos contra la piedra. La presencia de Arya dio ánimos a Eragon: no hubiera preferido a ninguna otra persona al lado de él y de Saphira, pues Arya era la compañera de armas perfecta. Eragon le sonrió, y Arya le devolvió la sonrisa con una expresión fiera y jubilosa. En la batalla, su habitual actitud reservada desaparecía y la elfa mostraba una expresividad que pocas veces se veía en otras situaciones.

De repente, una llamarada de fuego azulado se extendió alrededor de ellos y Eragon se agachó detrás de su escudo para protegerse. Miró por la pequeña apertura del yelmo y vio que

Saphira bañaba a los atemorizados soldados en un torrente de llamas que, sin embargo, no les causaba ningún daño. Como respuesta, los arqueros apostados en las almenas del castillo lanzaron una andanada de flechas contra Saphira, pero el calor que emanaba de ella era tan intenso que gran parte de las flechas se prendieron en el aire y quedaron convertidas en cenizas. El resto se desvió gracias a la protección mágica con que Eragon había rodeado a la dragona. Solamente una de las flechas impactó con un golpe seco contra el escudo de Eragon y lo melló. Tres de los soldados se vieron engullidos por las llamas y murieron en el acto, sin tener tiempo ni siquiera de gritar. Los demás se habían apiñado en medio del infierno de fuego y las puntas de sus lanzas desprendían brillantes destellos azulados. A pesar de que Saphira se esforzaba, no conseguía ni siquiera chamuscar al grupo de soldados, así que al final abandonó todo intento y cerró las fauces. El fuego desapareció y el patio quedó sumido en un silencio abrumador.

Eragon pensó, al igual que había hecho muchas otras veces, que el responsable del escudo mágico que protegía a los soldados debía de ser un mago hábil y poderoso. «¿Se trata de Murtagh? —se preguntó—. Si es así, ¿por qué no están él y Thorn aquí para defender Belatona? ¿Es que a Galbatorix no le importa conservar el dominio de sus ciudades?» Sin perder más tiempo, se lanzó a la carrera y, con un único golpe de *Brisingr*, cortó el extremo superior de doce lanzas con la misma facilidad con que, en su juventud, segaba los tallos de cebada. Clavó la espada en el soldado que tenía más cerca: atravesó su cota de malla como si no estuviera hecha más que de una tela fina e hizo fluir un manantial de sangre de su pecho. Otro hombre apareció de inmediato y recibió una estocada; y otro por la izquierda, al cual Eragon empujó con su escudo contra tres de sus compañeros haciéndolos caer al suelo a todos.

La reacción de los soldados era lenta y torpe, o así le parecía a Eragon mientras se abría paso entre sus filas lanzando estocadas con impunidad. Saphira apareció en medio de la refriega, a su izquierda: con sus enormes patas y su cola recubierta de púas barría a los soldados y los lanzaba volando por los aires mientras que con sus fuertes mandíbulas los apresaba y los desgarraba.

rraba. A su derecha, Arya se movía con la velocidad del rayo y cada golpe de su espada significaba la muerte para uno de los sirvientes del Imperio.

Eragon dio un giro esquivando dos lanzas que caían sobre él. En ese momento vio que se acercaba Blödhgarm, el elfo de pelo azulado como la noche, acompañado de los once elfos encargados de protegerle a él y a Saphira. Un poco más lejos, los vardenos habían penetrado en el patio a través del boquete del muro exterior del castillo; sin embargo, se habían detenido antes de lanzarse al ataque, pues acercarse a Saphira resultaba demasiado peligroso. Pero ni la dragona ni Eragon, ni tampoco los elfos, necesitaban ayuda alguna para acabar con los soldados.

Durante la pelea, Eragon y Saphira se fueron distanciando hasta quedar cada uno en un extremo del patio. A pesar de ello, Eragon no se sentía preocupado porque sabía que Saphira, aun sin el escudo mágico, era capaz de derrotar a un grupo de veinte o treinta humanos con facilidad.

14 Una lanza impactó contra su escudo, golpeándole el hombro. Eragon se giró hacia el soldado que la había lanzado, un hombre grande y lleno de cicatrices al que le faltaban los dientes inferiores, y se lanzó a la carrera contra él. Al verlo, el soldado intentó desenvainar una daga que llevaba colgada del cinturón, pero, antes de que lo consiguiera, Eragon lo embistió clavándole el hombro en el esternón con tal fuerza que el hombre retrocedió varios metros y cayó al suelo apretándose el pecho con las dos manos.

En ese momento, una lluvia de flechas se precipitó sobre ellos y mató e hirió a muchos de los soldados. Eragon se alejó un poco y se pertrechó bajo su escudo. Aunque estaba seguro de que su escudo mágico lo protegía, no era bueno mostrarse descuidado: uno nunca sabía en qué momento un hechicero podría lanzar una flecha encantada capaz de atravesar su protección mágica. Eragon sonrió con amargura al darse cuenta de que los arqueros habían llegado a la conclusión de que su victoria dependía de que consiguieran matar a Eragon y a los elfos, sin reparar en cuántos de los suyos tuvieran que sacrificar para conseguirlo. «Ya es demasiado tarde —pensó, sintiendo una triste

satisfacción—. Deberíais haber abandonado el Imperio cuando todavía teníais la posibilidad de hacerlo.»

La avalancha de flechas le dio la oportunidad de descansar unos instantes, lo cual agradeció. El ataque contra la ciudad había comenzado al alba, y él y Saphira se habían mantenido en la vanguardia desde ese momento.

Cuando la lluvia de flechas amainó, Eragon sujetó *Brisingr* con la mano izquierda y, con la derecha, cogió una lanza de los soldados y la apuntó hacia los arqueros, que se encontraban a unos doce metros hacia arriba. Eragon ya sabía que era difícil lanzar bien si uno no tenía práctica en ello, así que no se sorprendió al ver que fallaba el blanco que se había marcado. Pero sí se sorprendió al ver que la lanza no acertaba a ninguno de los arqueros que se alineaban en las almenas: la lanza pasó por encima de todos ellos y se rompió al impactar contra la pared del castillo de detrás. Al verlo, los arqueros prorrumpieron en carcajadas y abucheos, al tiempo que le dirigían gestos ofensivos.

De repente, un rápido movimiento a su lado captó su atención. Giró la cabeza justo a tiempo para ver que Arya lanzaba su propia lanza contra los arqueros y atravesaba a dos que se encontraban juntos. Luego señaló a los hombres con su espada y gritó:

—¡*Brisingr*!

Inmediatamente, la espada se encendió en un fuego de color verde esmeralda. Los arqueros se alejaron rápidamente de los cuerpos en llamas, abandonaron las almenas y se apiñaron ante las puertas que conducían a los pisos superiores del castillo.

—No es justo —se quejó Eragon—. Yo no puedo pronunciar este hechizo sin que mi espada se encienda como una hoguera.

Arya lo miró, divertida.

La lucha continuó unos minutos más, durante los cuales los soldados se rindieron o intentaron huir. Eragon dejó escapar a los últimos cinco soldados que tenía delante, pues sabía que no podrían llegar muy lejos. Luego, después de inspeccionar rápidamente los cuerpos que había a su alrededor para confirmar que estaban muertos, se giró para examinar el otro lado del patio. Allí, unos cuantos vardenos habían abierto las puertas del

muro exterior y estaban empujando un ariete por la calle que conducía al castillo. Otros se estaba colocando en filas desordenadas delante de la puerta de la torre, dispuestos a entrar en el castillo y a enfrentarse a los soldados que había dentro. Entre ellos se encontraba el primo de Eragon, Roran, dando órdenes al destacamento que tenía bajo su mando mientras gesticulaba con el martillo que siempre llevaba en la mano. En el extremo más alejado del patio, Saphira se encontraba en medio de los cuerpos de sus víctimas. Todo a su alrededor estaba destrozado. La dragona tenía todo el cuerpo manchado de sangre, y el color rojo contrastaba vívidamente con el azul de alhaja de sus escamas. Levantó la cabeza y soltó un rugido triunfal tan potente y feroz que ahogó el clamor de la ciudad.

16 Entonces se oyó un ruido de arrastre de cadenas procedente del interior del castillo, seguido por el de la fricción de unos grandes troncos de madera. El sonido llamó la atención de todo el mundo hacia las puertas de la torre que, con un *boom* hueco, se abrieron de par en par liberando una densa nube de humo procedente de las antorchas que había en el interior. Los vardeos empezaron a toser y se cubrieron la nariz y la boca. En algún punto de las profundidades de esa oscuridad retumbaron unos cascos metálicos contra el pavimento de piedra; al cabo de un instante, un caballo montado por un jinete apareció en el centro de la humareda. Con la mano izquierda, el jinete sujetaba un arma que a Eragon primero le pareció una lanza común, pero pronto se dio cuenta de que estaba hecha de un extraño material de color verde y de que su hoja de púas tenía un diseño desconocido. Un halo difuso rodeaba la punta de la lanza, y esa luz innatural delataba la presencia de magia.

El jinete tiró de las riendas e hizo que el caballo se colocara mirando hacia Saphira, quien, al verlo, ya empezaba a desplazar el peso de su cuerpo sobre sus patas traseras preparándose para lanzar uno de sus terribles y mortales zarpazos con las patas delanteras.

Eragon se alarmó seriamente: ese jinete se mostraba excesivamente seguro de sí mismo, y su lanza era demasiado rara e inquietante. A pesar de que el escudo mágico protegía a Saphira, estuvo seguro de que la dragona corría un peligro mor-



tal. «No podré llegar a tiempo hasta ella», pensó. Decidió concentrarse en contactar con la mente del jinete, pero este estaba tan aplicado a su tarea que ni siquiera percibió la presencia de Eragon, y el hecho de encontrar su mente tan abstraída solo le permitió conseguir un contacto superficial con su conciencia. Eragon, entonces, decidió replegarse mentalmente en sí mismo e intentar recordar unas palabras antiguas con las que componer un sencillo hechizo que hiciera detener en seco al caballo. Era un intento desesperado, pues no sabía si el jinete era un mago ni qué precauciones podía haber tomado en caso de ser atacado con algún encantamiento, pero Eragon no estaba dispuesto a quedarse sin hacer nada si la vida de Saphira corría algún riesgo. Inhaló y se llenó los pulmones, se repitió mentalmente la pronunciación correcta de algunos de los sonidos más difíciles del idioma antiguo y se dispuso a lanzar el hechizo.

Sin embargo, los elfos fueron más rápidos que él. Antes de que dijera la primera palabra, oyó que empezaban a entonar suavemente una canción. Sus voces, superponiéndose las unas a las otras, entonaban una melodía discordante e inquietante.

—*Mäe...* —fue lo único que Eragon consiguió decir antes de que la magia de los elfos surtiera efecto.

Los pequeños cristales que formaban un mosaico en el suelo justo delante del caballo empezaron a agitarse y a soltarse hasta que se fundieron y fluyeron como un río. Inmediatamente, la tierra de debajo se abrió formando una grieta larga y de una profundidad incierta. El caballo relinchó con fuerza y cayó hacia delante, rompiéndose las patas delanteras, pero mientras el animal se hundía en ese abismo, el jinete levantó el brazo y tiró su brillante lanza contra Saphira.

La dragona no tenía tiempo de huir, ni tampoco de esquivar la lanza, así que levantó una pata delantera en un intento por desviarla. Pero falló por unos pocos centímetros, y Eragon vio, horrorizado, que se le clavaba en el pecho, justo por debajo de la clavícula. La rabia le nubló la vista. Sin pensarlo, invocó todas las reservas de energía que le quedaban —en su cuerpo, en el zafiro engarzado en la empuñadura de su espada, en los doce diamantes escondidos en el cinturón de Beloth *el Sabio* que lle-

vaba en la cintura, y en *Aren*, el anillo élfico que adornaba su mano derecha— preparándose para aniquilar a ese jinete, sin importarle el riesgo que eso pudiera suponer. De repente, Blödhgarm saltó por encima de la pata izquierda de Saphira y aterrizó encima del jinete, como una pantera que cae sobre un venado, y lo tumbó de costado. El elfo ladeó la cabeza y, con un gesto salvaje, desgarró con sus blancos y largos dientes el cuello del hombre.

En ese momento se oyó un grito de dolor procedente de una de las ventanas que quedaban encima de la entrada de la torre, y casi al mismo tiempo, se produjo una potente explosión que lanzó un sinfín de bloques de piedra sobre los vardenos, rompiendo piernas y costillas como si fueran ramas secas.

Eragon no prestó atención a las piedras que caían sobre el patio y corrió hasta Saphira, casi sin darse cuenta de que Arya y sus guardias lo seguían. Unos elfos que se encontraban cerca de la dragona ya se habían reunido a su alrededor y examinaban la lanza que sobresalía de su pecho.

—¿Cómo...? ¿Está...?

18

Eragon estaba tan afectado que no pudo terminar las frases. Deseaba comunicarse mentalmente con Saphira, pero mientras pudiera haber algún hechicero enemigo en la zona, no se atrevía a contactar mentalmente con la dragona por miedo a que sus pensamientos pudieran ser espiados y que los rivales pudieran dominar su cuerpo. Después de una espera que se le hizo interminable, oyó que Wyrden, uno de los elfos, decía:

—Ya puedes dar las gracias al destino, Asesino de Sombra.

Todos los elfos, excepto Blödhgarm, circunspectos como sacerdotes ante un altar, pusieron las palmas de las manos sobre el pecho de Saphira y entonaron una canción que sonó como un susurro de viento entre un bosquecillo de sauces. Cantaron al calor y al crecimiento, al músculo y al tendón, y a la sangre, así como a otros elementos más arcanos. Saphira, con un esfuerzo que debió de ser titánico, aguantó durante todo el ensalmo, pero unos temblores sacudían su cuerpo cada poco. Un hilo de sangre le manaba del lugar en que tenía la lanza clavada.

Blödhgarm se puso al lado de Eragon, y este lo miró un momento. El elfo tenía el pelo de la barbilla y del cuello manchado

de sangre, lo cual hacía que su habitual color azul noche se hubiera vuelto de un negro opaco.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Eragon, señalando las llamas que todavía estaban vivas en la ventana de encima del patio.

Blödhgarm se lamió los labios un momento dejando al descubierto sus colmillos gatunos antes de responder:

—En cuanto él murió, pude penetrar en la mente del soldado y, a través de ella, llegar a la mente del mago que lo estaba ayudando.

—¿Mataste al mago?

—En cierta manera, sí. Lo obligué a matarse. En condiciones normales no hubiera recurrido a una estrategia tan teatral y extravagante, pero me sentía... exasperado.

Eragon dio unos pasos hacia delante, pero se detuvo en seco al oír que Saphira emitía un gemido prolongado y grave. La lanza que tenía clavada en el pecho empezó a desprenderse sin que nadie la tocara. La dragona abrió los ojos con dificultad y tomó aire de forma entrecortada mientras los últimos quince centímetros de lanza emergían de su cuerpo. La punta de pinchos, con el halo de color esmeralda, cayó al suelo y rebotó en las piedras del pavimento con un sonido que se parecía más al del latón que al del metal.

Los elfos dejaron de cantar y apartaron las manos del cuerpo de Saphira. Sin esperar más, Eragon corrió a su lado y le acarició el cuello. Deseaba tranquilizarla, decirle lo asustado que se había sentido, unir su mente con la de la dragona. En lugar de ello, se conformó con clavar la mirada en uno de sus ojos azules y brillantes y le preguntó:

—¿Estás bien?

Le sonó trivial en comparación con la profundidad de la emoción que sentía. Saphira respondió con un guiño de ojo; luego bajó la cabeza y le acarició el rostro con un suave soplido de aire caliente. Eragon sonrió. Luego, dirigiéndose a los elfos, les dio las gracias en el idioma antiguo.

—*Eka elrun ono, älfya, wiol förn thornessa.*

Los elfos que habían colaborado en la sanación, incluida Arya, asintieron con la cabeza e hicieron rotar las muñecas de-

rechas frente al pecho en el gesto de respeto propio de los de su raza. Entonces Eragon se dio cuenta de que la mitad de los elfos que cuidaban de él y de Saphira estaban pálidos, débiles y que casi no podían tenerse en pie.

—Retiraos y descansad —les dijo—. Si os quedáis, solo conseguiréis que os maten. ¡Marchaos, es una orden!

Eragon notó que los siete elfos detestaban tener que irse, pero al final respondieron:

—Como deseas, Asesino de Sombra.

Se alejaron del patio pasando por encima de los cuerpos y de los escombros. Se los veía nobles y dignos, a pesar de que se encontraban al límite de sus fuerzas.

Luego Eragon fue a reunirse con Arya y con Blödhgarm, que estaban examinando la lanza. Ambos tenían una expresión extraña en el rostro, como si no estuvieran seguros de qué hacer. Eragon se agachó a su lado, con cuidado de no rozar el arma con ninguna parte del cuerpo. Observó las delicadas líneas talladas en la base de la hoja, que le resultaron familiares, aunque no sabía exactamente por qué; el asta de tono verdoso, que estaba hecha de un material que no era ni madera ni metal, y ese suave destello, que le recordaba las linternas sin llama que los elfos y los enanos utilizaban para alumbrar sus casas.

—¿Creéis que puede ser obra de Galbatorix? —preguntó—. Quizás haya decidido que prefiere matarnos a Saphira y a mí en lugar de capturarnos. A lo mejor cree que nos hemos convertido en una amenaza para él.

Blödhgarm sonrió sin ganas.

—Yo no me engañaría con ese tipo de fantasías, Asesino de Sombra. Nosotros no somos más que una pequeña molestia para Galbatorix. Si alguna vez quiere matarnos, a ti o a nosotros, solo tiene que volar en línea recta desde Urû'baen y presentar batalla. Caeríamos como hojas secas bajo un viento de invierno. La fuerza de los dragones lo acompaña, y nadie puede resistirse a su poder. Además, Galbatorix no cambia tan fácilmente de objetivo. Quizás esté loco, pero también es astuto y, por encima de todo, es decidido. Si desea hacerte su esclavo, perseguirá ese objetivo como una obsesión, y nada lo podrá detener, excepto el instinto de supervivencia.

—En cualquier caso —intervino Arya—, esto no es obra de Galbatorix. Es obra nuestra.

Eragon frunció el ceño.

—¿Obra nuestra? Esto no lo han hecho los vardenos.

—No lo han hecho los vardenos, sino un elfo.

—Pero... —Eragon dudó un momento, intentando encontrar una explicación—. Pero ningún elfo accedería a trabajar para Galbatorix. Preferirían morir antes que...

—Galbatorix no ha tenido nada que ver con esto, y aunque no fuera así, no le daría un arma tan rara y poderosa a un hombre que no fuera capaz de protegerla. De entre todas las armas que existen en toda Alagaësia, esta es la que Galbatorix menos desearía que nosotros tuviéramos.

—¿Por qué?

Blödhgarm, con un tono de voz ligeramente ronroneante, dijo:

—Porque, Eragon, Asesino de Sombra, esta es una *dauthdaert*.

—Y se llama *Niernen*, la Orquídea —añadió Arya.

La elfa señaló las líneas talladas en la hoja. Eragon se dio cuenta que eran una estilización de los signos de escritura élficos: unas formas curvas que se entrelazaban y terminaban en unas puntas largas y afiladas.

—¿Una *dauthdaert*?

Arya y Blödhgarm lo miraron, incrédulos, y Eragon se encogió de hombros, avergonzado por su falta de conocimientos. Durante décadas, los elfos jóvenes habían tenido el privilegio de recibir educación con los mayores eruditos de su raza. A Eragon le resultaba frustrante que a él su tío Garrow ni siquiera le hubiera enseñado a leer y a escribir, por considerarlo poco importante.

—Solo aprendí a leer un poco en Ellesméra. ¿Qué es? ¿Fue forjada durante la Caída de los Jinetes para ser utilizada contra Galbatorix y los Apóstatas?

Blödhgarm negó con la cabeza:

—*Niernen* es muchísimo más antigua.

—Las *dauthdaerts* —explicó Arya— surgieron del miedo y del odio que caracterizaron los últimos años de nuestra guerra

contra los dragones. Nuestros herreros y hechiceros más hábiles las fabricaron con materiales que ya no se conocen, las cargaron con unos hechizos cuyas palabras ya no se recuerdan y las bautizaron, a las doce, con los nombres de las flores más hermosas, aunque esa asociación resulta un poco desagradable porque las hicimos con un único objetivo: matar a los dragones.

Eragon sintió una gran repulsión al mirar la brillante hoja.

—¿Y lo consiguieron?

—Los que lo presenciaron afirman que la sangre de los dragones caía del cielo como en un chaparrón de verano.

Saphira emitió un siseo fuerte y agudo. Eragon echó un vistazo hacia ella y vio por el rabillo del ojo que los vardenos continuaban manteniendo su posición delante de la torre del homenaje, esperando a que él y la dragona volvieran a tomar el mando de la ofensiva.

—Se creía que todas las *dauthdaerts* habían sido destruidas o que se habían perdido —dijo Blödhgarm—. Es evidente que estábamos equivocados. *Niernen* debió de pasar a manos de la familia Waldgrave, y ellos debieron de haberla escondido aquí, en Belatona. Supongo que cuando nosotros traspasamos los muros de la ciudad, a Lord Bradburn le falló el coraje y ordenó que le trajeran *Niernen* del arsenal pensando que así podría deteneros a ti y a Saphira. No me cabe duda de que Galbatorix montaría en cólera si se enterara de que Bradburn ha intentado matarte.

Eragon sabía que era necesario darse prisa, pero su curiosidad no le permitió dejar el tema ahí.

—Sea o no una *dauthdaert*, todavía no me has explicado por qué Galbatorix no querría que nosotros la tuviéramos. —Señaló la lanza y preguntó—: ¿Qué hace que *Niernen* sea más peligrosa que esa lanza de ahí o, incluso, que *Bris*... —se calló a tiempo para no pronunciar el nombre completo y continuó—, que mi espada?

Fue Arya quien respondió.

—No se puede romper de forma normal, el fuego no la puede dañar, y es casi completamente inmune a la magia, tal como tú mismo has visto. Las *dauthdaerts* fueron diseñadas para que no las afectara ningún hechizo que los dragones pudieran lan-

zarles, y para proteger de la misma forma a quien las empuñara, lo cual es sobrecogedor conociendo la fuerza, complejidad y naturaleza inesperada de la magia de los dragones. Aunque Galbatorix se haya protegido, a sí mismo y a Shruikan, con más escudos mágicos que nadie de Alagaësia, es posible que *Niernen* sea capaz de atravesar esas defensas como si no existieran.

Eragon se mostró lleno de júbilo al comprender qué significaba eso:

—Tenemos que...

Pero en ese momento, un chillido lo interrumpió.

Era un sonido penetrante, cortante, escalofriante, como el del metal al ser frotado contra la roca. Eragon sintió la vibración incluso en los dientes e, inmediatamente, se tapó los oídos con ambas manos haciendo una mueca mientras se giraba para ver si conseguía localizar de dónde procedía. Saphira agitó la cabeza y emitió un gemido de angustia que Eragon oyó a pesar del estruendo. Tuvo que mirar a su alrededor dos veces hasta que pudo distinguir una nube de polvo que se levantaba desde el muro de la torre: en él se había abierto una grieta de unos treinta centímetros de ancho, por debajo de la semidestruida ventana de la sala donde Blödhgarm había matado al mago. A pesar de que la intensidad del chirrido aumentaba, Eragon se arriesgó a destaparse un oído para poder señalar en dirección a la grieta.

—¡Mira! —le gritó a Arya, y ella asintió con la cabeza.

Eragon volvió a cubrirse el oído de inmediato. Entonces, inesperadamente, el sonido cesó. Eragon esperó un momento antes de bajar ambas manos; por primera vez en su vida, deseó no tener el oído tan sensible. Al instante, la grieta se abrió más y más, y se alargó hacia abajo, hacia la parte superior de la puerta, rompiendo la piedra del muro como si fuera un rayo y rociando de piedras el suelo de abajo. Todo el castillo pareció gemir y la parte delantera de la torre, desde la ventana rota hasta la clave del arco de la puerta, empezó a inclinarse hacia delante.

—¡Corred! —gritó Eragon a los vardenos.

Sin embargo, los hombres ya se habían dispersado por todo el patio, desesperados por salir de debajo de aquella pared. Era-

gon dio un paso hacia delante con todos los músculos del cuerpo en tensión: no veía a Roran por ninguna parte.

Por fin lo encontró: estaba atrapado al final del último grupo de hombres que quedaba delante de la puerta, y les gritaba desafortadamente, pero Eragon no podía oír sus palabras, pues el sonido se perdía en medio de la conmoción. La pared continuaba cediendo hacia delante, separándose cada vez más del edificio, y unas piedras cayeron encima de Roran. Él perdió el equilibrio y se vio obligado a refugiarse debajo del arco de la puerta.

Las miradas de Roran y de Eragon se encontraron un instante. Eragon vio en sus ojos un miedo y una impotencia rápidamente sustituidas por la resignación, como si su amigo supiera que, por mucho que corriera, no conseguiría salvarse a tiempo.

Roran sonrió con cierta amargura.

Y la pared se derrumbó.



## La avalancha

—¡*No!* —gritó Eragon al ver que la pared de la torre se derrumbaba con un clamoroso estruendo y enterraba a Roran y a otros cinco otros bajo una montaña de piedra de seis metros de alto.

Una oscura nube de polvo llenó el patio. Eragon había gritado con tanta fuerza que la voz se le quebró. Notó el sabor metálico de la sangre en la garganta y empezó a toser, doblándose sobre sí mismo.

25

—*Vaetna* —consiguió pronunciar, haciendo un gesto con la mano.

La densa nube de polvo gris se abrió emitiendo un sonido como el de la seda al rasgarse. Eragon pudo mirar hacia el centro del patio. Estaba tan preocupado por lo que le había sucedido a Roran que casi no se dio cuenta de la fuerza que había perdido al pronunciar ese hechizo.

—No, no, no, no —decía—. No es posible que haya muerto. No es posible, no es posible, no es posible...

Como si por el mero hecho de repetirlo pudiera hacerlo realidad, Eragon continuó pronunciando mentalmente la frase. Pero cada vez que lo hacía, se trataba menos de una certeza o una esperanza que de una oración elevada a los cielos.

Arya y unos cuantos guerreros vardenos se encontraban delante de él, todavía tosiendo y frotándose los ojos con las manos. Muchos de ellos continuaban agachados, como si esperaran una explosión; otros miraban boquiabiertos la torre destrozada. Las piedras de la pared se habían desparramado por todo el sue-

lo del patio, ocultando el mosaico. Dos habitaciones y media del segundo piso de la torre, y una del tercero —la habitación donde el mago había muerto de forma tan violenta— habían quedado expuestas a los elementos. Las estancias y sus muebles se veían sucios y gastados a la luz del sol. En su interior, unos cuantos soldados armados con ballestas se apartaban a cuatro patas del precipicio ante el cual se habían encontrado de repente y, empujándose y dándose codazos, se precipitaban hacia las puertas para desaparecer en las profundidades de la torre del homenaje.

Eragon intentó hacerse una idea de lo que debía de pesar uno solo de los bloques de piedra que habían formado el montón: debían de ser más de doscientos kilos. Si los elfos, Saphira y él trabajaban juntos, seguro que podrían levantar las piedras utilizando la magia, pero ese esfuerzo los debilitaría y los dejaría vulnerables. Además, tardarían demasiado tiempo. Por un momento, Eragon pensó en Glaedr —el dragón dorado tenía fuerza más que suficiente para levantar todas las piedras a la vez—, pero en ese momento la rapidez era un factor esencial y tardaría demasiado en sacar el eldunarí de Glaedr. Y, en cualquier caso, Eragon sabía que no conseguiría convencer a Glaedr de que hablara con él, y mucho menos de que lo ayudara a rescatar a Roran y a los demás hombres. Entonces recordó la imagen de Roran justo antes de que la avalancha de piedras cayera sobre él, de pie, debajo de la clave del arco de la puerta de la torre. De repente, con un sobresalto, comprendió lo que tenía que hacer.

—¡Saphira, ayúdalos! —gritó Eragon al tiempo que tiraba su escudo al suelo y se lanzaba a la carrera.

Oyó que, a sus espaldas, Arya decía algo en el idioma antiguo, una frase corta que podía ser algo así como «¡Esconde esto!». Al instante vio que la elfa se colocaba a su lado y corría con él llevando la espada en la mano, lista para presentar batalla.

Al llegar al pie del montón de piedras, Eragon dio un salto tan alto como le fue posible y cayó sobre un pie encima de uno de los bloques, desde donde se impulsó otra vez hacia el siguiente. Así continuó, como una cabra que escala la pendiente

de un precipicio. No le gustaba poner en peligro la estabilidad de las piedras, pero esa era la manera más rápida de llegar a su destino.

Con un último esfuerzo, Eragon saltó al interior del segundo piso y cruzó la estancia corriendo. Abrió la puerta del otro extremo con un empujón tan fuerte que rompió las bisagras y la puerta salió volando hacia el pasillo con los tablones de madera hechos añicos.

Eragon corrió por el pasillo. Su propia respiración le resonaba en los oídos, como si los tuviera repentinamente llenos de agua. Eragon redujo la velocidad al ver que se acercaba a una puerta abierta, al otro lado de la cual cinco hombres armados discutían mientras señalaban un mapa. Ninguno de ellos se dio cuenta de la presencia de Eragon, que continuó corriendo.

Al girar una esquina, chocó contra un soldado que caminaba en dirección contraria y se golpeó la frente contra el borde de su escudo. Aturdido y con la visión borrosa, Eragon se sujetó al escudo y los dos recorrieron el pasillo agarrados y forcejeando como dos bailarines borrachos. El soldado, mientras luchaba por mantener el equilibrio, soltó una maldición:

—¿Qué te pasa, maldito...? —empezó a decir, pero en cuanto vio el rostro de Eragon, abrió los ojos con sorpresa y exclamó: ¡Tú!

Sin esperar, Eragon clavó el puño en el estómago del soldado, justo debajo de las costillas, con tanta fuerza que este salió volando por los aires y fue a chocar contra el techo.

—Yo —asintió Eragon, cuando el soldado cayó al suelo, sin vida.

Continuó corriendo por el pasillo. La velocidad de su pulso cardíaco parecía haberse doblado desde que había entrado en la torre, y se sentía como si el corazón estuviera a punto de hacerle estallar el pecho.

«¿Dónde está?», pensó mientras miraba, frenético, por otra puerta que daba a una habitación vacía.

Por fin, al otro extremo de un lúgubre pasillo secundario, vio una escalera de caracol. Se lanzó escaleras abajo saltando los escalones de cinco en cinco en dirección al primer piso, y solamente hizo una pausa para empujar a un sorprendido arquero

que le entorpecía el paso. La escalera terminaba en un cámara de techos altos y abovedados que recordaba la catedral de Dras-Leona. Eragon miró a su alrededor: escudos, armas y banderines rojos colgados de las paredes; antorchas sujetas a soportes de hierro forjado; hogares de chimenea apagados; largas y oscuras mesas de caballete alineadas a ambos lados de la sala, y, a uno de los extremos de esta, una tarima sobre la cual un hombre barbudo y vestido con una túnica se encontraba de pie ante un sillón de respaldo alto. A la derecha, entre él y las puertas que conducían a la entrada de la torre, había un contingente de unos cincuenta soldados o más. El gesto de sorpresa de los soldados hizo brillar el hilo de oro de sus casacas.

—¡Matadle! —ordenó el hombre de la túnica, pero su tono de voz era más de miedo que de mando—. ¡Quien le mate recibirá una tercera parte de mi tesoro! ¡Lo prometo!

Eragon sintió una profunda frustración al verse entorpecido otra vez. Sacó la espada de su funda, la levantó por encima de la cabeza y gritó:

—¡*Brisingr!*

28

Inmediatamente, unas furiosas lenguas de fuego azul rodearon el filo de la espada y danzaron hacia la punta. Eragon notó el calor del fuego en la mano, el brazo y un lado de la cara. Entonces, bajó la mirada hasta los soldados y gruñó:

—Fuera.

Los soldados dudaron un instante, pero al final dieron media vuelta y salieron huyendo. Eragon cargó hacia delante sin hacer caso de los aterrorizados soldados que se habían quedado rezagados y que se encontraron al alcance de la espada llameante. Uno de esos hombres tropezó y cayó delante de él, pero Eragon saltó por encima sin ni siquiera rozarle la borla del yelmo. El aire que levantaba a su paso empujaba las llamas de fuego de la espada hacia atrás, como crines de un caballo al galope. Al llegar a la doble puerta principal de la sala, encogió los hombros y la atravesó como una bala, saliendo a una sala larga y ancha rodeada de unas recámaras repletas de soldados —y engranajes, poleas y otros mecanismos que se utilizaban para subir y bajar las puertas de la torre— y continuó corriendo a toda velocidad hasta un rastrillo que cortaba el paso al lu-

gar en que Roran se encontraba cuando la pared de la torre se había desmoronado. Sin detenerse, cargó contra el rastrillo con todas sus fuerzas y el hierro se dobló un poco, pero no consiguió romperlo.

Eragon dio un paso atrás, vacilante.

Se concentró una vez más en canalizar la energía almacenada en el interior de los diamantes de su cinturón —el cinturón de Beloth *el Sabio*— hacia *Brisingr*, vaciando las piedras preciosas de su valioso contenido, para encender su espada con un fuego de una intensidad casi insoportable. Luego, con un grito, levantó el brazo y descargó un golpe de espada contra el rastrillo. Una lluvia de chispas naranjas y amarillas lo roció, agujereando sus guantes y su casaca, y quemándole la piel. Un trozo de hierro derretido le cayó en la punta de la bota. Eragon se lo sacudió con un gesto brusco del tobillo.

Dio tres golpes, y una parte del rastrillo —del tamaño de un hombre— cayó al suelo. Los extremos recién cortados de la reja brillaban con un color blanco incandescente e iluminaban el área con una luz suave.

Eragon dejó que las llamas de *Brisingr* se extinguieran y pasó a través de la apertura que acababa de hacer.

Siguió el pasadizo hacia la izquierda, luego hacia la derecha y, de nuevo, a la izquierda: ese pasaje había sido diseñado para hacer más lento el avance de las tropas que consiguieran acceder a la torre del homenaje. Cuando dobló la última curva, Eragon vio su objetivo: el vestíbulo, lleno de cascotes. A pesar de su visión de elfo, en esa oscuridad solamente era capaz de distinguir las formas más grandes, pues el derrumbe había apagado las antorchas de las paredes. Al acercarse oyó un extraño ruido de algo que se arrastraba, como si un animal torpe se abriera paso entre los cascotes de piedra.

—Naina —dijo.

Y una luz azul iluminó el espacio. Allí, delante de él y cubierto de tierra, sangre, ceniza y sudor, vio a Roran, que, con una mueca terrible, luchaba con un soldado entre los cuerpos de dos hombres muertos. El soldado cerró los ojos para protegerse de la inesperada luz, y Roran aprovechó esa distracción para obligarlo a ponerse de rodillas. Entonces cogió la daga que el

soldado llevaba en el cinturón y se la clavó en el cuello. El soldado sufrió dos convulsiones y murió.

Roran se levantó, resollando; unas grandes gotas de sangre le caían de los dedos de las manos hasta el suelo. Miró a Eragon con una expresión extrañamente fría y dijo:

—Ya era hora de que...

Pero, en ese instante, su mirada se perdió y se desmayó.



ELENA SEIBERT

CHRISTOPHER PAOLINI